

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.⁽¹⁾

NOTICIA BIOGRÁFICA.

DE DON NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

(*El Museo Universal*, 1857.)

Decia QUINTANA en el año 1813 al ilustre Cienfuegos, muerto pocos años ántes :
«Nada importa que el mármol del sepulcro le tenga ya separado de la region de los vivientes.
Desata acaso la muerte los lazos de amor y de estimacion que unen entre sí á los hombres?»

Estas palabras deben ser repetidas ahora por los que, como nosotros, tenemos el sentimiento de anunciar el término de la vida del más esclarecido discípulo de Melendez.

Para QUINTANA habia llegado, en efecto, la época de la posteridad aún ántes que la muerte le arrebatara de entre nosotros. Anciano de más de ochenta años, hacia ya tiempo que habia dejado la pluma, con la cual se supo conquistar tantos laureles en España, en Europa y en América. Justamente celebrado de propios y extraños, calificadas sus obras entre las verdaderamente clásicas, proclamado como el patriarca y restaurador de la moderna literatura, como el cantor del patriotismo y de la virtud, como el Plutarco español, su muerte produce en nosotros el dolor natural del que ve desaparecer poco á poco los últimos representantes de una época gloriosa para nuestra patria; pero no añade nuevos quilates á la reputacion del grande hombre; no hace más que imprimir su sello indeleble en el diploma de inmortalidad que los contemporáneos le habian otorgado.

El cadáver de QUINTANA reposa ya en la noche del sepulcro, pero su genio vive y vivirá entre nosotros mientras dure la historia, mientras haya una literatura nacional, mientras existan corazones capaces de comprender, apreciar y admirar la belleza en sus manifestaciones diversas. No ha roto, pues, no ha podido romper la muerte los lazos que á él nos unian. En su dilatada vida, consagrada al servicio de su patria, se ha conquistado un puesto entre los claros varones, cuya historia dejó escrita con esos rasgos indelebles que sólo nacen del que es capaz de sentir, comprender y ejecutar lo que describe.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA nació en Madrid, en 11 de Abril de 1772, é hizo sus estudios de humanidades, primero en Córdoba y despues en Salamanca. Tuvo por maestros al insigne poeta Melendez Valdes, á don Pedro Estala y al erudito y esclarecido escritor Jovellanos (2).

Dióse á conocer la indole de su genio, tanto en los escritos poéticos, como en los históricos y políticos, todos marcados con el sello de un ardiente patriotismo, de un intenso amor á la virtud

(1) En el tomo XIX de la BIBLIOTECA se publicaron las *Obras completas* de QUINTANA. A pesar de llamarse *completas* esta coleccion, se omitieron en ella algunos escritos notables, en prosa y verso, sin razon literaria que alcance á explicarlo. Nos complacemos ahora en rendir un nuevo homenaje á aquel varon insigne, completando en la parte poética la coleccion de sus obras.

Casi todos los versos suprimidos en la mencionada coleccion han sido há poco reunidos y dados

á la estampa por los ilustrados editores señores Medina y Navarro, con una extensa y exacta biografía, hábilmente escrita por un sobrino del ilustre poeta, y un atinado juicio crítico, debido á la elegante pluma de nuestro amado compañero, el señor don Manuel Cañete. (*Nota del Colector.*)

(2) Estudió en la universidad de Salamanca, y fué colegial de *La Magdalena*, uno de los varios colegios menores que habia en aquella ciudad, donde se reunieron entónces esclarecidos ingenios. (*Id.*)

y á los altos hechos, y de un horror profundo á la tiranía y á la corrupcion (1). Teniendo á la vista en su primera juventud los ejemplos de una corte corrompida, sus primeros acentos casi puede decirse que fueron los de la indignacion; y ya se dirija á su amigo *Cienfuegos* convidándole á gozar de la vida del campo en versos llenos de imágenes dignas de Gésner, ya cante las glorias de *Padilla*, ya la *invencion de la imprenta*, ya el *combate de Trafalgar*, ya fije sus miradas en el *panteon del Escorial*, ya traiga á la memoria la restauracion de nuestra patria en su tragedia *Pelayo* (2), su voz robusta y enérgica truena contra todo lo que ve innoble, bajo, abyecto, en derredor de sí.

La invasion de 1808 enardeció aun más su patriotismo, y haciéndose intérprete de los sentimientos de que entonces se hallaban poseidos todos los españoles, llamó al combate y á la libertad á aquella raza que parecia degenerada, y que se levantó poderosa y gigante ante los ojos de la atónita Europa. Sus odas *A España despues de la revolucion de Marzo de 1808*, y su grito de guerra *contra los franceses* son la expresion más digna, más fiel y más sublime del espíritu que animaba entonces á nuestros padres. Incapaz de someterse á la tiranía el que habia conservado la independencia de su alma aun en medio del abatimiento general, reivindicando en 1797 la memoria de *Padilla* despues de tres siglos de ultrajes, abandonó los puntos que los franceses ocupaban, y siguió á la Junta Central como oficial 1.º de sus oficinas, redactando las proclamas y los más célebres documentos de aquella época. No descuidó, sin embargo, otros trabajos literarios (3), y ántes de terminar aquella lucha, escribió, por encargo de la Regencia, como secretario de la comision nombrada al efecto, un luminoso informe sobre los medios de arreglar la instruccion pública, en el cual se expusieron ideas de gran progreso para su tiempo, y que más tarde, en 1822, debian llevarse á cabo. Es notable tambien en este género el discurso que pronunció por encargo de la Direccion de Estudios al instalarse la Universidad Central; establecimiento que debia desaparecer á impulso de las vicisitudes políticas, en las cuales el mismo QUINTANA, atendidas sus ideas, no podia ménos de verse envuelto.

Pero la persecucion no entibió su fervor patriótico ni su amor á la verdad. Refugiado en Extremadura en 1823, escribió sobre los sucesos de la segunda época constitucional unas *Cartas á lord Holland*, que son un precioso monumento de gusto y de correccion literaria, así como de imparcialidad, de severidad y de verdad históricas.

Esta fué la última obra importante que de la pluma de nuestro autor ha visto la luz pública. Ella y las anteriores le habian conquistado demasiados laureles para que anhelase ceñirse otros nuevos, al paso que las desgracias, las vicisitudes, los desengaños, las miserias de estos últimos cincuenta años, y los achaques inseparables de la edad, justifican bastante su silencio posterior.

Sus contemporáneos, como hemos dicho, le habian decretado ya la palma de la inmortalidad. Prócer, senador en varias legislaturas, director de Estudios en 1835, coronado públicamente en una reunion solemne, vice-presidente del Consejo de Instruccion pública en los últimos tiempos, no habia sociedad ni academia que no se enorgulleciese de contarle entre sus más preclaros individuos (4). A las siete de la mañana del día 11 de Marzo de 1857 recibió la extrema-uncion, y pocas horas despues exhaló, con la tranquilidad del justo, el último aliento.

Las obras que nos quedan de su pluma pertenecen á tres géneros distintos, en los cuales descolló igualmente: poesia, historia y política. Además de los escritos que hemos mencionado, escribió la tragedia *El Duque de Visé*, y tenia muy adelantadas otras tres, con los títulos de *Roger de Flor*, *El Príncipe de Viana* y *Blanca de Borbon*. Todo el mundo sabe y cita tambien con elogio su oda á la expedicion española enviada para propagar la *vacuna en América*. Entre sus obras históricas sobresalen las *Vidas de españoles célebres*, libro que comprende las del Cid, Guzman el Bueno, Roger de Lauria, el Príncipe de Viana, el Gran Capitan, Vasco Nuñez de Balboa, Francisco Pizarro, don Álvaro de Luna y fray Bartolomé de las Casas. Escribió tambien

(1) Una de sus primeras obras fué el ensayo dídactico titulado *Las reglas del drama*, escrito en 1791. (Nota del Colector.)

(2) En 1805 dió al teatro el *Pelayo*. Cuatro años ántes se habia representado su primera tragedia *El Duque de Visé*, imitada del drama inglés *Castle Spectre*, de Mateo Léwis, novelista y escritor dra-

mático, famoso en aquel tiempo por su monstruosa novela *El Fraile*. (Nota del Colector.)

(3) En 1807 publicó el primer tomo de su obra *Vida de españoles célebres*. No publicó el segundo hasta el año de 1830. (Idem.)

(4) En 1814 tomó asiento en la *Academia de San Fernando* y en la *Española*. (Idem.)

una noticia histórica y literaria sobre *Cervantes*, otra sobre *Melendez Valdes* y una *introduccion* para la coleccion que formó de poemas castellanos.

Por último, las *Cartas á lord Holland*, sin dejar de ser una narracion histórica, pueden considerarse más bien como políticas, por expresar las ideas del autor en materias de gobierno y administracion.

Sus escritos inéditos, segun su última disposicion testamentaria, no se publicarán sino despues de un maduro exámen, encomendado á una comision de eruditos y personas inteligentes.

QUINTANA ha dejado á la *Academia de la Historia* la corona de oro que en ceremonia pública ciñó sus sienes hace pocos años (1), á la de *San Fernando* el busto de Jovellanos, á la *Española* un ejemplar de la obra de lord Holland sobre Lope de Vega, al pais su genio, que no ha muerto, y sus inspirados acentos, que tantas enseñanzas contienen para la juventud, anhelosa de seguir sus huellas.

CARTA DE DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO. (Autógrafo.)

Toledo, 27 Mayo 1846.

SEÑOR DON FÉLIX CALVO Y CABALLERO, CANÓNIGO DE CÓRDOBA (CALLE DE SAN ROQUE).

Paisano y dueño: Al arreglar aquí mis papeles, de vuelta y asiento en esta casa de campo (La Alberquilla, donde vivo á las órdenes de usted), me encuentro borradas en gran parte ciertas especies curiosas, que oí de labios de usted ahí á nuestra buena vista, el 24 de Julio de 1843, y apunté de lápiz en mi libro de memoria, relativas á sus primeros estudios, siendo su condiscípulo el famoso DON MANUEL QUINTANA.

Las que puedo sacar en limpio de mi libro y mi memoria son las siguientes:

Primeramente, que QUINTANA no nació en Cabeza del Buey, sino en Madrid.

Que estudió gramática latina en Córdoba.

Que su preceptor era extremeño y natural de Cabeza del Buey, el cual se llamaba (no sé si lo bien) don Manuel Salas, y estaba casado con una extremeña de Campanario.

No me acuerdo de si me añadió usted que despues empezó ahí QUINTANA á estudiar filosofia, y pasó luego á Salamanca á continuar ese estudio y seguir carrera.

Sírvase usted ratificarme y ampliar cuanto pueda estas noticias. Y de camino quisiera merecer de usted me dijera si un don Francisco Borja de Salas, natural (creo) de Campanario, que, cuando yo estudiantillo, fué allá de médico, y lo ha sido más de treinta años, era hijo del preceptor Salas, porque conservo no sé qué memoria confusa de haberle oido decir que fué tambien condiscípulo de QUINTANA.

Usted dispense la impertinencia y mande cuanto sea de su agrado á este su afectísimo paisano y S. S., Q. S. M. B.,

B. J. GALLARDO.

APUNTE AUTÓGRAFO DE GALLARDO.

QUINTANA.

Noticias que me da en Córdoba, 1.º Octubre 1843, el señor don Francisco Fernandez Muñoz yerno de don José Mariano Moreno, profesor de letras humanas.

QUINTANA estudió latin en Córdoba con un preceptor llamado D. Manuel Salas.

Moreno estudiaba con don José Baëna, presbítero, preceptor de la catedral, de cuyo estudio

(1) Alude á la coronacion de QUINTANA, como poeta, en el salon del palacio del Senado, el día 25 de Marzo de 1855. Llegó QUINTANA al pié del trono, apoyado en el brazo de don Francisco Martinez de la Rosa. La reina doña Isabel II, al ceñir con la

corona de oro las sienes de su antiguo ayo, le dijo estas palabras: «Me asocio á este homenaje en nombre de la patria, como reina; en nombre de las letras, como discípula.» (Nota del Colector.)

iban con frecuencia varios alumnos á la clase de Salas á provocarlos á argüir, conteniendo los de un grado mismo de estudios. En una de estas ocasiones arguyó QUINTANA con Moreno, y éste le venció, de cuyas resultas quedaron tan amigos, que continuaron su trato, y aun despues de muchos años no olvidó QUINTANA la amistad de Moreno.

Al retirarse la Junta Central por Córdoba le visitó para renovar su amistad.

JUICIOS CRÍTICOS DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA. (1)

DEL CID, DE CORNEILLE (2).

Fué sin duda feliz y sublime el pensamiento del poeta que ideó el primero presentar en el teatro la lucha del amor con el honor y piedad filial, y que se propuso arancar lágrimas de admiración y compasión con este espectáculo verdaderamente moral y grandioso.

Los romances castellanos en que estaban consignadas las tradiciones populares sobre las proezas del *Cid* ofrecían el mejor argumento para aquella combinación dramática, y Guillen de Castro, apoderándose de un minero tan rico, acertó á sacar de él las primeras joyas con que se adornó la tragedia francesa.

Es tan conocido el asunto del *Cid*, que tal vez sería importuno detenernos á explicarle. Pero ¿quién no admira los infinitos recursos que ofrecía al poeta? ¿Dónde podría hallarse una situación más patética que la de Rodrigo y Jimena? Ellos se aman, sus padres aprueban su cariño, y el himeneo va á coronarle; pero el Conde hace una afrenta á don Diego, la cual no puede lavarse sino con sangre, y Rodrigo tiene que vengarla con la muerte del ofensor, mientras que Jimena tiene que perseguir en Rodrigo al matador de su padre.

Considérese despues el asunto por la parte moral, y búsqese una lección más fuerte que el castigo dado á la insolente arrogancia del Conde, el cual, al tiempo que atropella á la virtud venerable en las canas de don Diego, y arrostra todo el poder de la corte ofendida de su insulto, es muerto á manos de un mancebo sin experiencia y sin gloria: un ejemplo de virtud más heroico que el de los dos amantes marchando al terrible deber de perseguirse uno á otro, en medio de los clamores de la pasión que se rebela en vano contra lo que el inflexible honor les ordena.

Atiéndase, por último, á la bella combinación de los cuatro caracteres principales: el Conde, orgulloso y fiero, confiado en su valor personal y en su poderío; don Diego, inútil ya para vengarse, mas sintiendo con la mayor energía todo el rigor de su afrenta; Rodrigo, lle-

(1) QUINTANA se distinguió en su juventud no solamente como poeta, sino tambien como crítico agudo é instruido. Muy conveniente sería, para poder formar juicio cabal de sus prendas literarias, estampar aquí, sacándolos del olvido en que yacen, algunos de los notables artículos críticos que publicó en las *Varietades de ciencias, literatura y artes*, revista que empezó á redactar el año de 1802, en union con don José Rebollo, don Eugenio de la Peña, don Juan Alvarez Guerra, don Juan Blasco Negrillo, don José Miguel Aléa, don Jove Folch, don Tomás García Suelto, y algun otro. Pero el carácter especial de esta coleccion de *Líricos del si-*

vando en su corazón juvenil todo el fuego del amor, todas las inspiraciones del valor y del heroísmo; Jimena, tierna, sensible, apasionada, condenada á llorar, á querellarse y á mostrar un rigor y una inflexibilidad que no caben en su pecho.

Una vez encontrado un asunto en que la acción sea interesante y noble, y los caracteres vigorosos y sostenidos, es necesario que el autor tenga muy poco talento para que su composición salga sin bellezas. Nada hubiera dejado Guillen de Castro que hacer á Corneille si el arte hubiera estado más adelantado en su tiempo, y el público español más acostumbrado á la sencillez.

La disposición de su obra es en los principios grande y teatral. La ceremonia de armar caballero á Rodrigo nos recuerda que estamos en aquellos tiempos en que el honor era la primera de las virtudes, como la mejor fortuna de un noble: las escenas de la altercación y agravio hecho á don Diego, sus resentimientos y preparativos de venganza, la confusión penosa de Rodrigo, todo está desempeñado con calor y energía. El desafío hecho á vista de Jimena, que con ruegos y suspiros quiere contener á su amante, y á vista de don Diego, que inflama á su hijo para la venganza, está grande y teatralmente concebido: por último, es bella sobremañera la idea de que Rodrigo, despues de muerto el Conde, se presente como una víctima al resentimiento de su dama, y que los dos no hallen otro consuelo que llorar, afligirse, desesperarse y separarse más enamorados que nunca, y más que nunca distantes de unirse.

A la invención y disposición de estas situaciones felices, se agrega por lo comun una ejecución vigorosa y acalorada, versos numerosos y valientes, expresiones nuevas y enérgicas, siendo sólo de desear que el autor hubiese siempre observado la nobleza y decoro que algunas veces se echan ménos.

Tales son las dotes apreciables que se hallan en una parte de la comedia de Guillen de Castro, dotes en las

glo XVIII no nos permite dar rienda á nuestro deseo. Nos limitamos, pues, á reproducir dos juicios críticos relativos á la obra dramática *El Cid y La Moigata*. Es, sin duda, curioso ver cómo juzgaba QUINTANA, en aquella era en que la crítica tomaba rumbos tan diferentes de los que sigue en nuestros días, á dos poetas de indole y número tan diversos como Corneille y Moratin. (Nota del Colector.)

(2) Esta tragedia se publicó en Madrid en 1808, traducida por don Tomás García Suelto. (Ídem.)

cuales se deja atras muchas veces al gran poeta que le imitó. Pero la admiración que tantas bellezas producen justamente, se convierte despues en indignación ó en risa al ver finalizar en monstruo disforme, segun la expresión de Horacio, la figura que habia empezado con las proporciones y atractivos de una hermosa dama.

Rodrigo embiste y vence á los moros á vista del espectador, va peregrinando á Santiago, merienda en el camino, socorre á un gafo llagado, este gafo se transforma despues en san Lázaro, y anuncia á Rodrigo sus glorias futuras. Y como si los hechos del *Cid* no bastasen á la comedia, el poeta acumula en ella las lecciones de esgrima dadas al príncipe don Sancho, la pintura de su ambición, la perspectiva de su muerte, los temores de doña Urraca, el testamento del Rey y el Consejo de Estado que celebra para la partición de sus reinos. Parece que el Genio de la tragedia, irritado con el poeta por no haber seguido su inspiración, le abandona en manos del desacierto, y las *Mocedades del Cid*, que al principio presentan los caracteres de una bella composición dramática, acaban siendo una miserable leyenda dialogada y versificada sobre los sucesos ocurridos en la corte de Castilla en el tiempo de la juventud de Rodrigo.

Esta fué la obra que un amigo de Pedro Corneille le aconsejó que imitase, despues de haberle incitado anteriormente á que aprendiese el español. Nuestra lengua y literatura tenían entónces en la Europa el mismo influjo que nuestro poderío, y en Francia se habia hecho más de moda en aquella época por el casamiento de Luis XIII con Ana de Austria, hija de Felipe III. Corneille hizo representar su *Cid* en 1636, y las bellezas que imitó y tradujo de la comedia española, unidas á las que su talento supo añadir, causaron un entusiasmo general é hicieron una revolución en el teatro. Desde aquella época la escena francesa, donde ántes se oían solamente conversaciones insípidas y ridiculas con nombre de tragedias, empezó á acostumbrarse á la regularidad, al decoro, á la pintura de los grandes caracteres, de las grandes pasiones y de las costumbres de las naciones más célebres de la tierra.

Los aplausos y aclamaciones con que fué recibido el *Cid*, ofendieron á los poetas rivales de Corneille, que exhalaban su envidia en un torrente de críticas é injurias. Escribióse un largo discurso para probar que el asunto de aquella tragedia no valia nada; que pecaba contra las principales reglas del poema dramático; que no habia juicio en su disposición; que estaba llena de malos versos; que casi todas sus bellezas eran robadas, y que, por consiguiente, la estimación que se hacia de ella era injusta. Y ¿quién era el que se tomaba este tono de superioridad insultante respecto de un hombre como Corneille? Era Jorge Scudéri, escritor conocido hoy solamente por su envidia ridícula contra el autor del *Cid*, por los sarcasmos de Boileau y por la risa de la posteridad.

Otros cien libelos se escribieron contra Corneille, los cuales prueban, segun dice su célebre comentador, que en todos tiempos hay hombres á quienes enfurece tanto el mérito ajeno, que desconocen toda razón y decencia. El cardenal Richelieu, que en medio de sus designios políticos tenia tambien la ambición de ser poeta, sin embargo de que como primer ministro dió á Corneille una pensión, en calidad de autor se puso al frente de los enemigos del *Cid*, y mandó á la Academia Francesa que hiciese un exámen severo de la tragedia. Aquel cuerpo literario obedeció, pero su crítica, llena de cortesía y de imparcialidad, ni contentó al Cardenal, ni correspon-

dió á las esperanzas de los adversarios del poeta, los cuales siguieron llamándole *corneja del Parnaso, corazón vil y bajo, plagiaro ingrato*, etc.

Si el conocimiento de su propia fuerza y los aplausos del público, *rebelado*, como dice Boileau, *contra la liga del primer Ministro*, no hubieran sostenido á Corneille, el arte, que habia dado un paso colosal, hubiera retrocedido lastimosamente, y él no tuviera la gloria de ser su creador y su padre. Pero su espíritu firme y elevado, adquiriendo fuerzas con la contradicción, como con la presión un resorte, produjo despues á Horacio, Cinna, Polieucto, Pompeyo, Rodoguna, Heracio y Sertorio, obras inmortales, en que el arte se ve adelantando ya hácia la perfección, y donde aquel gran poeta dejó los rasgos y caracteres de una majestad, de una fuerza y de una elevación, que despues no han sido igualadas de nadie. Pero volvamos al *Cid*.

Corneille despojó cuerdamente la acción de su tragedia de todos los incidentes que no tenían relación con el casamiento de los dos amantes. Este casamiento es propiamente el asunto de la pieza; la afrenta hecha á don Diego, el desafío y la muerte del Conde constituyen el nudo, y el valor heroico de Rodrigo, que salva á su patria de los moros y vence al campeón que toma á su cargo la venganza de Jimena, produce el desenlace.

Mas, á pesar del talento del poeta, la composición ofrece todavia defectos considerables. El impertinente personaje de la Infanta, el débil y casi indecoroso papel que hace el Rey, el carácter de don Sancho, frio en sus amores y rivalidad, la falta de artificio en las escenas, cuyo enlace se rompe frecuentemente; en fin, las desigualdades del estilo, que á veces desciende á la familiaridad cómica, y á veces se pierde entre conceptos ó hinchados ó falsos, acusan el descuido de Corneille, ó se resentían de la infancia en que el arte se hallaba entónces.

Dijimos arriba que Guillen de Castro se deja muchas veces atras al poeta francés, y en prueba de ello nos contentaremos con citar los pasajes siguientes:

CONDE.

Si el viejo Diego Lainez,
Con el peso de los años,
Caduca ya, ¿cómo puede,
Siendo caduco, ser sabio?
Y cuando al Príncipe enseñe
Lo que entre ejercicios varios
Debe hacer un caballero
En las plazas y en los campos,
¿Podrá, para darle ejemplo,
Como yo mil veces hago,
Hacer una lanza astillas,
Desalentando un caballo?

DIEGO.

Que estoy caduco confieso,
Que el tiempo al fin puede tanto;
Mas caducando, durmiendo,
Feneciendo, delirando,
Puedo, puedo enseñar yo
Lo que muchos ignoraron.
Si ya me faltan las fuerzas
Para con piés y con brazos
Hacer una lanza astillas
Y desalentar caballos,
De mis hazañas escritas
Daré al Príncipe un traslado,
Y aprenderá en lo que hice,
Si no aprende en lo que hago.

LE COMTE.

*Joignez à ces vertus celles d'un capitaine,
Montrez lui comme il faut s'endurcir à la peine,
Dans le métier de Mars se rendre sans égal,*

*Passer les jours entiers et les nuits à cheval,
Reposer tout armé, forcer une muraille,
Et ne devoir qu'à soi le gain d'une bataille.
Instruisez-le d'exemple; et vous ressouvenez
Qu'il faut faire à ses yeux ce que vous enseignez.*

DOM DIEGUE.

*Pour s'instruire d'exemple, en dépit de l'envie,
Il lira seulement l'histoire de ma vie.
Là dans un long tissu de belles actions
Il verra comme il faut dompter les nations,
Attaquer une place, ordonner une armée,
Et sur de grands exploits bazir sa renommée.*

¿Quién no ve desmayados en los versos franceses aquella vivacidad y brío que anima á los españoles? ¿Qué otras dos imágenes podía escoger la arrogancia para insultar á la decrepitud, que las de *hacer una lanza astillas y desalentar un caballo*? ¿Qué energía, qué calor en aquella repetición *puedo, puedo*! Corneille, describiendo una por una las cualidades del buen general y el buen soldado, es un declamador que amplifica, mientras que Guillen de Castro es un poeta que da vida á lo que pinta.

Poderoso es el contrario,
Y en palacio y en campaña
Su parecer el primero,
Y suya la mejor lanza.

*..... Au surplus, pour ne te point flatter,
Je te donne à combattre un homme à redouter.*

Toca las blancas canas que me honraste,
Llega la tierna boca á la mejilla
Donde la mancha de mi honor quitaste.
Soberbia el alma á tu valor se humilla.....

*Touche ces cheveux blancs, à qui tu rends l'honneur,
Viens baiser cette joue, et reconnais la place
Ou fut jadis l'affront que ton courage efface.*

Sal-les al paso, emprende esta jornada,
Y dando brío al corazón valiente,
Prueba la lanza quien probó la espada.

*De ces vieux ennemis va soutenir l'abord;
Là, si tu veux mourir, trouve une belle mort.*

No puede negarse que algunos de los versos franceses que van citados son muy bellos, mas no igualan á los del original ni en fuerza, ni en colorido, ni en armonía; si Guillen de Castro hubiera escrito toda su comedia en el tono que tienen los últimos, ¿quién pudiera luchar con él? Pero su imitador, que cede á veces á su originalidad, á su valentía y á la feliz índole de nuestra lengua, compensa esta desventaja con la superioridad manifiesta que consigue en otros pasajes.

DOM DIEGUE.

Rodrigue, as tu du cœur?....

RODRIGUE.

*.....Tout autre que mon père
L'éprouverait sur l'heure.*

No podía, en mi sentir, imitarse con más maestría, ni trasladarse con más decoro la prueba que Lainez hace del valor de su hijo, y el *soltedes padre en mal hora* de Rodrigo, que Castro copió de los antiguos romances con menos nobleza de la que correspondía á la dignidad del asunto.

Tengo valor,
Y habré de matar muriendo.

Le poursuivre, le perdre, et mourir après lui.

Aquí la idea es la misma, pero está más bien expresada en el verso frances. Al llegar á él es cuando dice el comentador de Corneille: *Pues que este verso está en*

el español, el original contenía todas las bellezas que hicieron la fortuna del Cid frances.

Con efecto, el carácter interesante de Jimena, y los combates que sufre interiormente, están ya bastante indicados en la pieza española; pero es cabalmente el personaje que ha recibido más mejoras en la pluma de Corneille:

RODRIGO.

¿Me aborreces?

JIMENA.

No es posible,
Que predominas mi estrella.

CHIMENE.

Va, je ne te hais point.

RODRIGUE.

Tu le dois.

CHIMENE.

Je ne puis.

JIMENA.

Véte, y déjame penando.

RODRIGO.

Quédate, iréme muriendo.

RODRIGUE.

*Adieu, je vais traîner une mourante vie,
Tant que par ta poursuite elle me soit ravie.*

CHIMENE.

*Si j'en obtiens l'effet, je t'engage ma foi
De ne respirer pas un moment après toi.*

Estos ejemplos, en que el frances vence tan claramente al español en pasión, en expresión y en nobleza; en fin, aquel excelente verso:

Sors vainqueur d'un combat, dont Chimène est le prix,

manifiestan que Corneille, conducido por un dichoso intento ó por sus conocimientos en el arte, vió la necesidad de hacer resaltar más la amable sensibilidad y ternura de Jimena, para dar mayor interés á su fábula; en ella la voz lamentable del amor contrasta admirablemente con los feroces clamores de la arrogancia y las fieras expresiones del pundonor vengativo y del valor guerrero, que alternativamente se oyen al Conde, á Lainez y á Rodrigo.

Entre las muchas traducciones del *Cid* frances que Corneille tuvo la satisfacción de juntar en su gabinete, pudo tal vez comprenderse la imitación que hizo don Juan Bautista Diamante, intitulada *El Honrador de su padre*. La fábula tiene en ella más sencillez y regularidad que en Guillen de Castro, pero le faltan su originalidad, su calor y su valentía; hay algunas escenas traducidas de la pieza francesa en versos fluidos y fáciles, pero débiles generalmente; y por último, todo queda estropeado con la mezcla disparatada de mil bufonadas y familiaridades indecentes.

Después se hizo otra traducción, cuyo autor ignoramos, y es la que se representaba algunas veces en nuestros teatros; y si bien en ella se guardó más fidelidad que en la obra de Diamante, todavía, sin embargo, estaba muy distante de corresponder al original.

Harto más digna de Corneille es la que acaba de publicar el señor García Suelto. En ella se ha adoptado una versificación noble y digna de la tragedia, se ha procurado evitar los conceptos falsos ó hinchados en que á veces cae el estilo de Corneille, y se han hecho algunas alteraciones juiciosas, tales como la supresión de los dos personajes de la Infanta y Leonor, y la reducción de aquellos pasajes en que el diálogo excesivo y la declamación (vicios característicos del teatro frances) enfrian el interés de la acción; en fin, la traduc-

ción se conforma generalmente al sentido del original, y presenta á veces trozos de versos felices, que no copiamos aquí por no alargar más este artículo, ya tal vez excesivamente prolijo.

Por la misma razón no nos detendremos tampoco en citar los versos que nos han parecido dignos de corrección. Hemos notado generalmente un desaliño, hijo, al parecer, de la precipitación con que la traducción se ha hecho. De aquí, sin duda, provienen ciertas voces y áun frases que desdican de la elegancia poética, los versos aislados, y la poca gracia que se nota en muchos de los

córtices que el diálogo obliga á hacer en ellos y en la rima. El señor García Suelto manifiesta facilidad, y aunque ésta es un dón muy apreciable, es preciso, sin embargo, precaverse contra ella, porque suele degenerar en descuido, y entónces aleja de la perfección. Cuando un sujeto á quien acompañan el talento, estudios y disposiciones del señor García Suelto traduce á un poeta como Corneille, no debe limitarse á que su trabajo sostenga la prueba del teatro; debe aspirar también á que por todos aspectos se le considere como una obra de literatura.

LA MOGIGATA.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

SU AUTOR INARCO CELENIO.

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL COLISEO DE LA CRUZ EL DIA 19 DE MAYO DE 1804.

Nada hay más difícil ni más delicado que atinar con el juicio que debe hacerse en un periódico de una pieza nueva de teatro, así porque es la cosa que más llama la atención pública, como porque frecuentemente es una señal de discordia. Casi nadie habla de ella con justa imparcialidad; los unos la levantan á las nubes, mientras que otros, ó la deprimen manifiestamente, ó guardan una indiferencia, un silencio afectado, señal todavía de su reprobación. En medio de esta agitación, el periodista, que debe manifestar su juicio al público, se halla en un conflicto verdaderamente temible. ¿Alaba? Es un parcial, un miserable adulador del poeta. ¿Censura? Es un detractor, que aspira á ganarse nombre atacando á los que le tienen.

Y la posición es más apurada cuando el autor tiene ya granjeada su reputación, y á la par de ella, enemigos y parciales; cuando, conocida su obra por copias que han corrido, ó por representaciones privadas que se han hecho, todo el mundo tiene formado su juicio en bien ó en mal acerca de ella; juicio que vanamente se intenta ó fijar ó dirigir en los diarios. La suerte está ya echada, y el periodista queda siempre mal ó con unos ó con otros, y muchas veces con todos.

La *Mogigata* se halla en este caso; conocida por copias en que seguramente no se conocería su autor, y por representaciones donde se le conocía áun ménos, ya era tiempo de que el público la tuviese en la forma y corrección correspondiente al crédito que gozaba. Su autor debe estar satisfecho de la acogida que ha tenido en la escena; y nosotros, que sinceramente hemos aplaudido su triunfo, vamos á manifestar nuestro dictámen, exponiendo con la ingenuidad que nos es propia el efecto que nos han hecho su representación y lectura.

Don Luis y don Martín, caballeros de Toledo, y hermanos, tienen cada uno una hija, á quien han dado diferente educación. El primero, juicioso y entendido, ha criado á doña Ines con la ternura de padre y con la atención y confianza de amigo, mientras que el segundo, terco y violento, no ha tratado nunca á doña Clara sino con un rigor impertinente. Los frutos de estos procedimientos tan diversos son los que debieran esperarse. Doña Ines, vir-

tuosa, modesta y generosa, corresponde á los prudentes desvelos de su padre; doña Clara, al contrario, ha tomado el partido de engañar al suyo ó de fingirse devota, cuya apariencia lleva hasta el punto de decir que quiere ser monja. Loco don Martín con la virtud de su hija, da la mano á ese proyecto con tanto más gusto, cuanto por instantes espera la rica herencia que un beneficiado de Andalucía, tío de doña Clara, ha prometido dejarla, y es claro que haciéndose ella monja, todo queda á disposición de su padre.

Los dos hermanos viven juntos, y con ellos está á la sazón don Claudio, hijo de un amigo de don Luis, con quien éste había pensado casar á su hija. Pero el don Claudio, simple en extremo, con sus ribetes de calavera, no puede convenir á la discreta doña Ines. Así lo piensa el mismo don Luis, que había proyectado la unión sin conocerle; cuando en esto llega á Toledo Perico, criado de don Claudio, mozo alegre, travieso y dispuesto siempre á cualquiera bellaquería. Y encontrando á su amo sin dinero, imposibilitado de pagarle lo que le debe de sus salarios, y mal dispuesto con su futura doña Ines, piensa, para mejorar de fortuna, que si don Claudio se casa con doña Clara, la herencia prometida á ésta dará remedio á todo. Don Claudio aprueba el pensamiento; pero, pusilánime en extremo, no se atreve á embestir de frente á la beata, y quiere que Perico le diga su amor y la sondee.

Interrúmpelos el tío Juan, demandadero de las monjas donde ha de entrar doña Clara, el cual viene con una carta de la Abadesa para don Martín, en que le pide entregue al dador cierta cantidad de dinero, propia del convento, que se halla en su poder, en atención á que el mayordomo, por una dolencia repentina, no puede ir á hacerse cargo de ella. El demandadero deja la carta en manos de Perico, y éste con ella proyecta sacar el dinero al viejo, y cubrir las trampas de don Claudio, pagándose también de sus salarios.

Los enredos se empiezan felizmente; Perico habla con doña Clara, y ella, después de mil monadas y melindres, cita á don Claudio para hablar con él en aquel sitio por la siesta; disfrazado después con un traje ri-